El corazón no trabaja a distancia

Los kilómetros se pueden recorrer. Lo que queda sin decir permanece.



Laura Bellini

El corazón no trabaja a distancia

Los kilómetros se pueden recorrer. Lo que queda sin decir permanece.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384905845

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El hombre al otro lado de la voz 10
Capítulo 2 - Antes de establecer las reglas..... 22
Capítulo 3 - Entre dos ciudades 38
Capítulo 4 - Las cosas que no se anotan en el calendario 49
Capítulo 5 - Los límites que merece la pena conocer 63
Capítulo 6 - No todo puede quedarse sin decir 73
Capítulo 7 - Cada día, un poco más cerca 84
Capítulo 8 - En su mundo 93
Capítulo 9 - El riesgo de tener una voz compartida 104
Capítulo 10 - Más allá de lo razonable..... 115
Capítulo 11 - Una mañana sin guion.....126
Capítulo 12 - El lugar al que no quiero renunciar.....135
Capítulo 13 - El precio de los planes compartidos.....146
Capítulo 14 - Lo que todavía no nos hemos dicho 156
Capítulo 15 - Todo lo que no se puede aplazar 169
Capítulo 16 - Cuando la distancia deja de ser suficiente 182
Capítulo 17 - Una vida que hay que elegir por uno mismo 195
Capítulo 18 - El primer paso sin promesas 205
Capítulo 19 - Los kilómetros que recorremos juntos.....218
Capítulo 20 - Espacios propios, una vida compartida.....231

INTRO

Gdańsk, lunes, 7:18.

La lluvia golpeaba con fuerza los altos ventanales de la pequeña oficina que, desde hacía tres semanas, llamaba mi lugar en el mundo. Todavía no estaba organizada como a mí me habría gustado. En una de las paredes había muestras de papel; en otra, tres versiones del proyecto de identidad visual. Debajo del escritorio se acumulaban cajas con cosas que aún no había tenido tiempo de desembalar. La cafetera solo funcionaba cuando uno tenía la paciencia suficiente para convencerla. A pesar de todo, me gustaba venir aquí. Cada objeto me recordaba que, esta vez, no estaba preparando un espacio para otra persona. Estaba construyendo algo propio.

Tenía veintinueve años, varios años de experiencia diseñando identidades visuales y cada vez menos ganas de demostrarle a nadie que era capaz de trabajar sin supervisión. Mi mudanza a Gdańsk no había sido una huida ni un capricho romántico. Había sido una decisión profesional. Quería desarrollar mi propio estudio, elegir a mis clientes y los proyectos que realmente me interesaban y, sobre todo, dejar de tratar mis ambiciones como algo que solo podía permitirme después de satisfacer las expectativas de los demás.

Mi plan para los próximos meses era sencillo. Terminar dos encargos, estabilizar mis ingresos, establecer algunos contactos nuevos y no aceptar nada que me obligara a viajar constantemente. Ya tenía suficiente trabajo como para no necesitar buscar proyectos adicionales. O, al menos, eso me repetía mientras abría el correo electrónico a las siete de la

mañana y encontraba otro mensaje con el asunto marcado como URGENTE.

Aquella mañana me esperaba una propuesta que, al principio, tenía intención de rechazar.

El proyecto consistía en crear la identidad visual de una nueva serie de pódcast. No se trataba simplemente de diseñar una portada y algunos gráficos para las redes sociales. El encargo incluía una identidad visual completa, un sistema de materiales promocionales, el diseño gráfico de los episodios posteriores y la colaboración con el creador responsable del concepto y la producción. El proyecto duraría varios meses y el presupuesto era lo bastante razonable como para que no pudiera fingir que no me impresionaba.

Solo había un problema.

El creador vivía en Breslavia.

Volví a leer el mensaje y me detuve en el nombre: Florian Wrona. Lo conocía por la breve descripción del proyecto, pero no podía decir que supiera mucho más sobre él. No tenía la costumbre de investigar minuciosamente a cada persona con la que podía llegar a trabajar. Prefería observar primero cómo se comunicaba profesionalmente. Por lo general, eso me decía mucho más que los perfiles cuidadosamente preparados en internet.

Abrí el archivo adjunto. Dentro encontré un calendario, una descripción preliminar del concepto y un enlace a una grabación de demostración. Me puse los auriculares, pulsé reproducir y cogí la taza de café.

Primero escuché unos segundos de silencio y, después, el característico sonido de unas hojas de papel al deslizarse.

—Hay lugares que permanecen con nosotros mucho más tiempo que las personas con las que los visitamos.

La voz era tranquila, grave, sin exageraciones propias de un locutor de radio. Tenía algo que invitaba a seguir escuchando, incluso cuando la frase pronunciada no prometía ninguna revelación extraordinaria. Florian hablaba con claridad, pero sin sonar mecánico. A veces hacía pequeñas pausas, como si permitiera al oyente completar por sí mismo lo que quedaba por decir.

Retrocedí la grabación hasta el principio y volví a escuchar aquel fragmento.

No pensaba sacar conclusiones sobre una persona basándome únicamente en su voz. Sin embargo, tenía la costumbre profesional de prestar atención a los detalles, y aquella voz era uno de ellos. Encajaba con el proyecto, aunque no de una manera evidente. No intentaba vender nada. No buscaba desesperadamente captar la atención. Simplemente la conseguía.

Al final de la grabación apareció una breve información técnica y, justo después, un comentario suyo.

—Si trabajamos juntos, me gustaría que no lo hiciéramos todo a través de una pantalla. Sé que es cómodo, pero hay cosas que se acuerdan mejor sentados a la misma mesa.

Me quité los auriculares.

Precisamente eso era lo que no quería. No otra colaboración en la que la palabra «flexibilidad» significara que yo debía estar disponible en cualquier lugar y a cualquier hora. No quería pasarme la mitad del mes en trenes, cambiar las fechas de entrega de otros clientes ni explicar por qué no podía viajar a Breslavia para una reunión que perfectamente podría celebrarse por internet.

Abrí mi calendario. Las próximas semanas ya estaban llenas de compromisos que yo misma había elegido. El viernes tenía una reunión con la imprenta, la semana siguiente debía presentar una propuesta a un nuevo cliente y, dentro de dos semanas, quería dedicar por fin un fin de semana entero a preparar mi propio portafolio. Cada una de aquellas citas formaba parte de un plan que me había costado bastante esfuerzo construir.

No pensaba renunciar a él por un encargo atractivo.

Y, sin embargo, no cerré la propuesta.

Volví a la grabación y empecé a analizar la manera en que Florian desarrollaba la narración. Algunos fragmentos eran excelentes; otros necesitaban una edición decidida. Tenía buen sentido del ritmo, pero a veces se detenía demasiado tiempo en una misma imagen. No le faltaban ideas. Le faltaba alguien capaz de darles una forma coherente.

Eso, precisamente, sabía hacerlo yo.

Al mediodía respondí al mensaje y propuse mantener una breve conversación en línea. Le indiqué que podía responsabilizarme de toda la identidad visual, pero que quería acordar el alcance de las tareas, el proceso de toma de decisiones y un calendario realista para las reuniones. También añadí que mi estudio estaba en Gdańsk y que no tenía intención de cambiar mi lugar de trabajo durante el proyecto.

Envié el mensaje con la sensación de haber protegido todos mis límites importantes.

La respuesta llegó antes de lo que esperaba.

«Buenos días, señora Ofelia. Gracias por su mensaje tan concreto. Estoy de acuerdo con el alcance del proyecto y el calendario. Sin embargo, me gustaría que empezáramos con

una reunión presencial. Puedo proponerle el miércoles en Breslavia. Sé que eso implica viajar, pero quisiera mostrarle algo que no se puede presentar adecuadamente en un archivo adjunto. Florian».

Leí la última frase dos veces.

Algo que no se puede presentar adecuadamente en un archivo adjunto.

Me dieron ganas de responder que prácticamente cualquier cosa podía presentarse en un archivo adjunto si alguien se tomaba el trabajo de prepararlo correctamente. En lugar de hacerlo, aparté el portátil y me acerqué a la ventana. En la calle, la gente se cruzaba bajo los paraguas. Algunos caminaban deprisa; otros se detenían junto al paso de peatones para consultar sus teléfonos. Gdańsk parecía una ciudad que no tenía intención de disculparse con nadie por el tiempo que hacía.

Pensé en Breslavia. En las estaciones, los transbordos, las horas pasadas en un tren y lo fácil que era perder un día entero por una reunión que supuestamente debía durar cuarenta minutos.

Después recordé la voz de la grabación.

No sabía por qué precisamente aquella frase volvía a mi mente con más frecuencia que las demás. Tal vez porque llevaba mucho tiempo intentando separar los lugares de las personas. Me convencía de que era posible tener una vida propia, un espacio propio y unas reglas propias y, al mismo tiempo, permanecer abierta a nuevas experiencias. Pero para mí, estar abierta a algo nuevo no significaba aceptar que mis límites tuvieran que desplazarse constantemente.

Regresé al escritorio y volví a mirar el mensaje.

Respondí brevemente: «El miércoles es posible. Por favor, envíeme la hora y la dirección».

No era una declaración de que el proyecto ya fuera mío. Tampoco una promesa de que fuera a reorganizar mi calendario en función de él. Solo sería una reunión. Un viaje. Un hombre al que hasta entonces solo conocía por su nombre y su voz.

Cuando estaba cerrando el portátil, mi teléfono vibró. Había llegado un nuevo mensaje de Florian. Contenía únicamente una hora, la dirección del estudio de grabación y una última frase:

«Haré lo posible para que el viaje merezca la pena».

Sonreí, aunque no estaba segura de si me divertía más su seguridad en sí mismo o el hecho de que hubiera empezado a preguntarme cómo sería cuando dejara de hablarle a un micrófono.

Al otro lado de la ventana seguía lloviendo y, sobre mi escritorio, descansaba el calendario con el plan detallado de los próximos meses. Todo tenía su lugar, su fecha y su justificación. Sabía adónde iba, por qué trabajaba y qué cosas no estaba dispuesta a entregar.

Lo único que no sabía era por qué la idea del miércoles en Breslavia había empezado a ocupar en mi cabeza mucho más espacio del que debería.

Y si sería capaz de reconocer el momento en que la simple curiosidad profesional dejara de ser una razón suficiente para volver a encontrarse con alguien.

Capítulo 1 - El hombre al otro lado de la voz

Breslavia, miércoles, 10:42.

El tren llegó a la estación central con siete minutos de retraso, algo que consideré un comienzo del día moderadamente bueno. No me gustaban los viajes cuyos motivos no podía resumir en una sola frase. Aquel debía ser un encuentro profesional, así que, en teoría, no tenía nada de complicado. Había venido para conocer al cliente, ver los materiales y valorar si merecía la pena aceptar el encargo. Por la tarde regresaría a Gdańsk. Al día siguiente pensaba trabajar en mi propio escritorio, con un café cuyo sabor conocía bien y sin necesidad de consultar horarios de trenes.

Durante los últimos veinte minutos del trayecto había revisado tres veces los mensajes de Florian. No eran muchos. La dirección del estudio, un número de teléfono y una breve indicación de que me esperaría en la entrada. Ninguna instrucción adicional, ningún entusiasmo exagerado. El último mensaje había llegado aquella misma mañana.

«Si tiene dificultades para encontrar el edificio, llámeme, por favor. La entrada pasa un poco desapercibida».

Encontrar una entrada poco llamativa no suponía ningún desafío especial para mí. Me interesaba bastante más lo que encontraría al otro lado.

El estudio estaba situado en una casa señorial rehabilitada, no muy lejos de Nadodrze. El edificio tenía ventanas altas, una puerta pesada y una escalera en la que

se habían conservado las antiguas barandillas de madera. En el portero automático había una pequeña placa con el nombre del estudio. Me detuve delante, comprobé la dirección y pulsé el número correspondiente.

—¿Sí?

Reconocí la voz inmediatamente.

—Ofelia Kruk. Tenemos una cita a las diez y cuarenta y cinco.

—Por supuesto. Ya le abro.

La cerradura hizo un breve chasquido y la puerta cedió. Entré y no me quité el abrigo hasta llegar al descansillo de la escalera, donde me esperaba un hombre apoyado con un hombro contra la pared. No parecía alguien dispuesto a organizar una recepción formal. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa gris con las mangas remangadas. Su cabello oscuro estaba algo despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces intentando ponerlo en orden sin demasiado convencimiento. Era más alto de lo que había imaginado por su voz y tenía una expresión difícil de calificar como distante. Más bien parecía atento. Como si prefiriera observar primero con quién estaba hablando antes de decidir qué decir.

—Florian Wrona -se presentó, tendiéndome la mano.

—Ofelia Kruk.

Su apretón fue firme, pero sin afán de demostrar nada. También me fijé en que no intentó prolongar el saludo ni hacerse cargo de mi bolso.

—¿El viaje ha ido bien?

—Casi. Me senté frente a un hombre que estuvo viendo una película sin auriculares durante todo el trayecto.

—En ese caso, merece usted toda mi compasión.

—No hace falta. He sobrevivido. Solo espero que su estudio ofrezca mejores condiciones acústicas.

Sonrió ligeramente.

—Precisamente por eso la he invitado aquí.

Me condujo a la primera planta. El estudio ocupaba dos habitaciones comunicadas por un amplio pasillo. La primera era una pequeña oficina con una mesa grande, dos monitores y una estantería llena de libros. La segunda albergaba el espacio de grabación. En las paredes habían instalado paneles acústicos oscuros y delante del micrófono había un sillón con los reposabrazos visiblemente desgastados. No reinaba un orden exagerado, pero tampoco había caos. Los cables estaban organizados, los equipos tenían sus etiquetas y sobre la mesa descansaban los materiales preparados para nuestra reunión.

—¿Le apetece un café? -preguntó Florian.

—Encantada.

—¿Solo o con leche?

—Solo.

—Perfecto. Ya hemos tomado una decisión.

No respondí inmediatamente. Me di cuenta de que hablaba de forma muy parecida a como lo hacía en la grabación. Con tranquilidad, sin apresurarse, aunque su voz en directo tenía más matices. No era tan uniforme como parecía a través de los auriculares. Cuando sonreía, algunas palabras adquirían un tono más cálido.

Me senté a la mesa y saqué mi cuaderno. No pensaba permitir que una voz agradable sustituyera mi valoración del proyecto.

Florian dejó una taza delante de mí y después encendió la pantalla.

—Empecemos por lo que ya ha escuchado. La serie se titula provisionalmente «Los lugares que permanecen». Quiero hablar de espacios que tienen un significado para las personas. No solo de edificios o calles, sino de lo que cada uno vincula con ellos. Decisiones, regresos, partidas y cosas que no podemos llevarnos cuando nos marchamos.

—¿Un reportaje personal?

—En parte. No quiero hacer un reportaje convencional. Me interesan más las historias que empiezan en un lugar y terminan hablando de una persona.

—¿Y quiénes serán los protagonistas?

—Las personas a las que invito. No famosos. Tampoco expertos en todo. Personas que tengan algo que contar y sepan expresarlo con sus propias palabras.

Deslizó hacia mí varias páginas impresas. Había breves descripciones de posibles episodios, fragmentos de conversaciones y notas relacionadas con el sonido. Revisé la primera página y después la segunda. La idea tenía potencial, pero la forma necesitaba trabajo. En algunos lugares Florian utilizaba demasiadas metáforas y en otros dejaba información sin contexto. Aun así, los textos tenían personalidad. No parecían materiales preparados únicamente para causar una buena impresión durante una presentación.

—Necesita una identidad que sea coherente con el contenido, pero que no lo ilustre literalmente -dije.

—Exactamente.

—No voy a proponer chinchetas sobre mapas, ondas sonoras ni siluetas de ciudades.

—Mejor.

Levanté la mirada.

—¿Así de sencillo?

—Esperaba que dijera eso.

—Entonces, ¿me ha invitado para escuchar cómo rechazo sus ideas?

—No. La he invitado porque he visto su portafolio. Me gusta la manera en que construye sus sistemas visuales. Pero tampoco voy a fingir que sé cómo debería ser esta serie. Si lo supiera, no necesitaría una diseñadora.

Era una respuesta razonable. Y un tanto desconcertante.

Abrí la página siguiente.

—Entonces, dígame qué espera conseguir. No me refiero a la estética, sino al resultado.

Florian apoyó las manos sobre la mesa.

—Quiero que alguien vea la portada de un episodio y sienta que detrás hay una historia real. No quiero vender nostalgia envuelta en un bonito paquete. Tampoco quiero fingir que todos los recuerdos son hermosos. Algunos lugares recuerdan a las personas cosas a las que preferirían no volver.

—Eso ya es bastante más interesante.

—¿Por qué?

—Porque, al menos, no intenta convertirlo todo en una postal.

Me miró con evidente interés.

—¿A usted le gustan las postales?

—Me gusta que alguien sea consciente de que una imagen no tiene que ser bonita para ser verdadera.

Guardó silencio durante unos instantes. Después deslizó una tableta hacia mí.

—En ese caso, me gustaría que escuchara otra cosa.

Abrió una carpeta con grabaciones. No eran episodios terminados, sino fragmentos de conversaciones que había mantenido durante los primeros encuentros. Florian seleccionó varios archivos breves. El primero mostraba a una mujer hablando del apartamento que había vendido después de la muerte de su madre. El segundo contenía una conversación con un hombre que había regentado durante treinta años un pequeño taller de reparación de relojes. El tercero era una grabación de una estación vacía en la que se escuchaban maletas arrastrándose, anuncios por megafonía y pasos.

Escuché sin interrumpir. Florian no me miraba constantemente. Observaba los niveles de sonido en el monitor y tomaba algunas notas breves, como si quisiera que escuchara el material sin comentarios adicionales.

En un momento determinado detuvo la grabación.

—¿Qué le parece?

—Que no debería contarlo todo.

Levantó las cejas.

—¿Cómo dice?

—En el segundo fragmento, la mujer cuenta que no recuerda cuándo fue la última vez que entró en aquel apartamento. Después se escuchan únicamente su respiración y unos segundos de silencio. Y usted añade

inmediatamente un comentario en el montaje para explicar lo que siente. No hace falta. El oyente ya lo ha entendido.

Florian me observó con más atención.

—Estoy de acuerdo.

—¿De verdad?

—Sí. Es una de las cosas que yo mismo quería corregir.

—Entonces, ¿por qué no lo ha hecho?

—Porque no estoy seguro de que deba tomar todas las decisiones sobre el material por mi cuenta cuando empiezo a trabajar con otra persona.

Me recosté en la silla.

—Suena razonable, pero también podría ser una forma cómoda de evitar responsabilidades.

No se ofendió. Al contrario, la comisura de sus labios se elevó en una sonrisa.

—¿Siempre juzga a las personas tan deprisa?

—Solo cuando ellas mismas me proporcionan material suficiente.

—Tendré que tener cuidado.

—Basta con hablar con claridad.

Durante los siguientes cuarenta minutos aproximadamente estuvimos comentando las premisas del proyecto. Le enseñé varios ejemplos de mi propio portafolio y le expliqué por qué en algunos trabajos había utilizado la tipografía como elemento principal, mientras que en otros había construido la identidad alrededor de la fotografía y de una composición característica. Florian hacía preguntas que no eran superficiales. Quería saber por qué había elegido

una solución concreta, qué limitaciones tenía y si podía aplicarse a distintos formatos.

Me gustaba que no intentara hacerse pasar por un experto en mi trabajo.

Lo que no me gustaba tanto era que, de vez en cuando, volviera a insistir en su condición de celebrar reuniones presenciales.

—No pienso venir a Breslavia todas las semanas -dije finalmente.

—No se lo he pedido.

—Pero habla de reuniones periódicas en el estudio.

—Porque las grabaciones se harán aquí. Me gustaría que, al menos durante las etapas más importantes del proyecto, estuviera presente.

—Puedo trabajar con las grabaciones. Puedo enviarle los diseños, comentarlos en videoconferencias y venir cuando realmente sea necesario. No necesito sentarme a su lado para hacer bien mi trabajo.

—No digo que lo necesite.

—Entonces, ¿de dónde viene esa condición?

Florian apartó la tableta y durante unos instantes contempló la pantalla, donde la onda sonora había quedado congelada.

—Porque durante las grabaciones suceden cosas que no se pueden prever. Alguien trae una fotografía, cambia de tema, muestra un objeto o cuenta algo que no estaba previsto. A veces, de ahí sale el mejor fragmento del episodio. Me gustaría que la identidad visual estuviera en contacto con lo que realmente hacemos y no únicamente con mis descripciones posteriores.

—Puedo entender esa necesidad. Pero eso no significa que vaya a trabajar en un estado de disponibilidad permanente.

—No es lo que espero.

—Bien, porque no formo parte de su estudio. Dirijo mi propio negocio y tengo otros clientes.

—Lo sé.

—Y, aun así, quiere tenerme aquí.

—Quiero contar con alguien que entienda el proyecto. No con alguien que se limite a ejecutar una lista de tareas.

No lo dijo intentando convencerme a cualquier precio. Más bien parecía algo que consideraba evidente. Por alguna razón, aquello hizo que dejara de buscar una respuesta inmediata.

Miré los materiales. Había algo en ellos que no podía ignorar. Las historias no estaban organizadas según un criterio evidente, pero compartían un mismo tono. No se trataba de los lugares en sí, sino de lo que las personas dejaban en ellos, incluso después de marcharse físicamente. Podía construir para aquel proyecto una identidad que no fingiera que todo podía encerrarse en una única definición.

—Necesito acceso completo a los materiales -dije-. No solo a los fragmentos que considere terminados. Quiero ver las grabaciones originales, las notas y la estructura de los episodios.

—Por supuesto.

—Y no tomaré decisiones basándome en sus gustos personales. Propondré soluciones, argumentaré por qué las considero adecuadas y espero que las evalúe teniendo en cuenta el conjunto del proyecto.

—Me parece bien.

—Todavía no he terminado. Tampoco quiero que cada cambio de concepto signifique automáticamente otra ronda de trabajo sin acordar previamente el alcance.

—Lo entiendo.

Cerré el cuaderno.

—Entonces, tenemos algo de lo que hablar.

Esta vez Florian sonrió de forma más evidente.

—Creo que es la mejor noticia que he recibido hoy.

No respondí. En lugar de hacerlo, volví a una de las grabaciones. Quería escuchar otra vez el fragmento de la estación vacía. Al fondo, entre los anuncios por megafonía, alguien soltaba una breve carcajada y, después, el tren que partía ahogaba el resto de los sonidos.

—Esto no debería ser simplemente un sonido de fondo - dije.

—¿Qué cosa?

—Ese momento. La risa y después el tren. Hay más en él que en toda su descripción.

Florian se inclinó hacia la pantalla. No me tocó la mano ni intentó apoderarse de la tableta. Simplemente se acercó un poco para ver mejor el fragmento que había señalado.

—Tiene razón.

—No lo diga demasiado a menudo. Podría acostumbrarme.

—Sería una perspectiva peligrosa.

Nos miramos durante unos instantes. No ocurrió nada que pudiera calificarse de especial. Ningún gesto que exigiera una interpretación. Y, sin embargo, por primera vez pensé

que Florian podía ser más interesante de lo que sugería su perfil profesional.

Cuando terminó la reunión, no firmamos ningún contrato ni acordamos el precio definitivo. Recogí mis notas, copié los materiales en mi propio disco y le pedí que me enviara los archivos que faltaban. Florian me acompañó hasta la puerta.

—Gracias por venir -dijo.

—Gracias por enseñarme los materiales. Ahora, al menos, sé a qué me enfrento.

—¿Y cuál es su decisión?

—Todavía no he tomado ninguna.

—Lo entiendo.

—Pero no descarto colaborar.

—Es más de lo que tenía esta mañana.

Me puse el abrigo y ajusté la correa del bolso.

—No se alegre demasiado. Sigo sin tener intención de trasladarme a Breslavia.

—No le he propuesto que se mude.

—Todavía.

Se rio en voz baja.

—Hasta pronto, señora Ofelia.

—Adiós, señor Florian.

Cuando salí a la calle, saqué el teléfono y comprobé la hora. Tenía tiempo suficiente para comer algo antes de regresar a la estación. Debería haber sentido satisfacción porque la reunión había transcurrido según lo previsto. Sin embargo, seguía pensando en una frase que había

pronunciado junto a la mesa: que no quería a alguien que ejecutara una lista de tareas, sino a una persona que entendiera el proyecto.

Todavía no sabía si aquello era un cumplido o el anuncio de una colaboración complicada.

Lo que sí sabía era que no había viajado a Breslavia en vano.

Capítulo 2 - Antes de establecer las reglas

No regresé inmediatamente a la estación.

Después de salir del estudio, caminé varias calles buscando un lugar donde pudiera revisar tranquilamente mis notas y comer algo antes del viaje. Conocía Breslavia lo suficiente como para no sentirme completamente ajena a la ciudad, pero no tanto como para tener mis lugares favoritos. Elegí una pequeña cafetería en una calle secundaria. Dentro olía a café recién molido y canela, y junto a la ventana había dos mesas libres. Pedí un té y un sándwich, y después extendí los materiales sobre la mesa.

Desde el punto de vista profesional, valoraba positivamente el encuentro. Florian conocía su proyecto, entendía sus limitaciones y no intentaba imponerme soluciones ya preparadas. Sin embargo, estaba acostumbrado a trabajar a su propio ritmo y sus expectativas sobre mi presencia en el estudio necesitaban concretarse. No pensaba aceptar un encargo en el que hubiera que negociar cada reunión desde cero.

Empecé a anotar las posibles fases de la colaboración. Primera: análisis de los materiales y elaboración de una dirección visual. Segunda: presentación de dos conceptos. Tercera: elección de uno y desarrollo del sistema. Después vendrían las adaptaciones, las plantillas, las portadas de los episodios y los materiales promocionales. Todo podía organizarse de manera que no exigiera mi presencia constante en otra ciudad.

El teléfono vibró.

Florian: «Espero que no haya salido corriendo directamente hacia la estación. Quería proponerle otra conversación, esta vez sin una pantalla entre nosotros. Si tiene tiempo, me gustaría invitarla a almorzar tarde».

Leí el mensaje y dejé el bolígrafo sobre la mesa.

No había nada inapropiado en aquella invitación. El encuentro tenía que ver con una posible colaboración y compartir una comida podía ser una forma perfectamente normal de continuar la conversación. Aun así, percibía una diferencia entre la invitación al estudio y la que acababa de recibir. Allí, el tiempo estaba dedicado al proyecto. En esta ocasión, Florian proponía un encuentro en el que no tendríamos que sentarnos frente a los mismos documentos.

Le respondí que podía dedicarle una hora.

«Conozco un sitio cerca. Le envío la dirección».

No pasaron ni cinco minutos antes de que recibiera la ubicación. El restaurante estaba a unos quince minutos a pie de la cafetería, así que pagué mi consumición y guardé las notas en el bolso.

Florian me esperaba junto a la entrada. Esta vez no llevaba las mangas remangadas. Se había puesto una chaqueta oscura sobre la camisa, pero el conjunto resultaba menos formal de lo que cabría esperar. Sostenía el teléfono con una mano y tenía la otra metida en el bolsillo.

—Ya había empezado a pensar que había cambiado de opinión.

—No tenía motivos para hacerlo.

—Eso es una buena noticia.

—No saque conclusiones precipitadas. Simplemente tengo una hora.

—Intentaré comportarme.

El interior estaba tranquilo. Elegimos una mesa junto a la pared, lejos de la entrada. Florian pidió agua y café, mientras que yo me decidí por pasta con verduras. Durante los primeros minutos hablamos del viaje y del tiempo. Solo cuando el camarero nos trajo los platos, Florian dejó el teléfono a un lado y me miró.

—Quería preguntarle una cosa. ¿De verdad no le gusta trabajar con personas en el mismo lugar o simplemente no le gusta que alguien espere que esté disponible cada vez que la necesita?

No esperaba aquella pregunta.

—Lo segundo.

—Podía imaginármelo.

—¿Por qué?

—Durante nuestra reunión mencionó varias veces su propio estudio. No lo hizo como alguien que habla de su lugar de trabajo, sino como alguien que habla de algo que no está dispuesto a entregar.

Durante unos instantes hice girar el tenedor entre los dedos.

—Porque me costó mucho construir lo que tengo. Antes trabajaba en una agencia en la que cada proyecto tenía cinco propietarios y ninguna persona verdaderamente responsable. Podías pasar tres días trabajando en un concepto y después recibir un mensaje diciendo que alguien había cambiado de opinión porque un conocido suyo consideraba que otro color era más moderno.

—Me resulta familiar.

—Cuando empecé a trabajar por mi cuenta, me prometí que nunca más construiría mi carrera alrededor de los caprichos de otras personas. Puedo colaborar, puedo cambiar de dirección e incluso puedo reconocer que alguien tiene una idea mejor. Pero no quiero que mi disponibilidad se considere algo automático.

Florian asintió.

—Lo entiendo mucho más de lo que imagina.

—¿También trabajó en una agencia?

—No. Pero durante varios años participé en proyectos en los que todo dependía de que estuviera en el lugar adecuado a la hora adecuada. Con el tiempo empecé a tener la sensación de que mi vida estaba formada por los plazos de los demás.

—¿Y por eso creó su propio estudio?

—Entre otras cosas. Quería influir en lo que hacía y en las personas con las que hablaba. Aunque trabajar por cuenta propia tiene una desventaja: cuando algo sale mal, no tienes a nadie a quien echarle la culpa.

—Eso sí que suena honesto.

—No siempre me hace feliz.

Sonreí y él respondió con un gesto parecido. Había algo en él que empezaba a gustarme. No intentaba presentar sus decisiones como una sucesión de éxitos. Hablaba de ellas sin falsa modestia, pero tampoco necesitaba demostrar que tenía todo bajo control.

—Volvamos al proyecto -dije, sacando mi cuaderno-. Tengo algunas propuestas sobre cómo organizar el trabajo.

—La escucho.